

No abras los ojos



No abras los ojos

John Verdon

Traducción de Javier Guerrero

Rocaeditorial

Título original: *Shut your Eyes Tight*
© 2011, John Verdon

Primera edición: junio de 2011

© de la traducción: Javier Guerrero
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por xxxxx

ISBN: 978-84-xxxx-xx-x
Depósito legal: xx. xxxx-2011

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Naomi

Prólogo

La solución perfecta

De pie ante el espejo, sonrió satisfecho a su propio reflejo sonriente. En ese momento no podía sentirse más a gusto consigo mismo, con su vida, con su inteligencia; no, era algo más que eso, era más que simple inteligencia. Se podría decir que tenía un profundo conocimiento de todo. De eso se trataba, de un profundo conocimiento de todo, algo que iba mucho más allá de los límites normales de la sabiduría humana. La sonrisa de su rostro en el espejo se ensanchó aún más. Eso era lo que pasaba, la expresión justa. Internamente, podía sentir lo sagaz que era. Externamente, el curso de los acontecimientos era prueba de ello.

9

Para empezar, y por decirlo en los términos más simples, no lo habían atrapado. Habían transcurrido veinticuatro horas, casi exactas, y en ese tiempo su seguridad no había hecho sino aumentar. Claro que eso era previsible; se había asegurado de que no habría rastro que seguir ni lógica que pudiera conducir a nadie hasta él. Y, de hecho, nadie había venido. Nadie lo había descubierto. Por lo tanto, era razonable concluir que acabar con la zorra impertinente había sido un éxito rotundo.

Todo había salido según lo previsto, sin adversidades, de manera irrefutable; sí, «irrefutable» era una palabra excelente para definirlo. Todo ocurrió según lo previsto, sin contratiempos, sin sorpresas..., a excepción de ese sonido. ¿Cartílago? Eso tuvo que ser. Si no, ¿qué?

No tenía sentido que un detalle nimio provocara una impresión sensorial tan duradera. Aunque tal vez la fuerza, la perseverancia de la impresión era simplemente el producto lógico de su sensibilidad sobrenatural. Un precio que pagar por la agudeza.

A buen seguro que ese pequeño crujido algún día sería tan

débil en su memoria como la imagen de toda esa sangre, que ya comenzaba a desvanecerse. Era importante mantener las cosas en perspectiva, recordar que todo acaba pasando. Cualquiera onda en el estanque termina por desaparecer.

PRIMERA PARTE

El jardinero mexicano

Vida en el campo

La quietud en el aire de la mañana de septiembre era como el silencio en el corazón de un submarino a la deriva, con los motores apagados para eludir el sónar del enemigo. Todo el paisaje permanecía inmóvil en las garras invisibles de una inmensa calma, la calma que precede a una tormenta, una calma tan profunda e impredecible como el océano.

Había sido un verano extrañamente suave; un clima que rayaba en la sequía poco a poco iba extinguiendo la vida de pastos y árboles. Las hojas ya habían pasado del verde al marrón y comenzaban a caer en silencio desde las ramas de arces y hayas, lo que dejaba escasas perspectivas de un otoño colorido.

13

Dave Gurney estaba junto a la puerta cristalera de su cocina de estilo rústico, mirando al jardín y al césped podado que separaba la casa de labranza del pasto, demasiado alto, que descendía hasta el estanque y el viejo granero rojo. Se sentía vagamente incómodo y distraído; su atención iba pasando de las esparraueras de un extremo del jardín a la pequeña excavadora amarilla aparcada junto al granero. Tomó un sorbo de su café de la mañana, que ya se estaba enfriando por el aire seco.

Abonar o no abonar, esa era la cuestión con los espárragos. O por lo menos fue lo primero que se preguntó. En caso de respuesta afirmativa, se plantearía un segundo interrogante: ¿directamente desde el camión o en sacos? La clave del éxito con los espárragos, según se había informado en varios sitios web a los que lo había dirigido Madeleine, estaba en el fertilizante. Ahora bien, no le quedaba del todo claro si tenía que complementar el abono de la última primavera con más estiércol.

En sus dos años en los Catskills había estado tratando de enfrascarse, aunque con cierta desgana, en estas cuestiones de casa y jardín en las que Madeleine se había implicado con un

entusiasmo instantáneo. Sin embargo, las inquietantes termitas del arrepentimiento del comprador no dejaban de carcomer sus esfuerzos. No era tanto la compra de esa casa en concreto, con sus veinte hectáreas de terreno, pues seguía considerándola una buena inversión, sino la decisión que había cambiado su vida: abandonar el Departamento de Policía de Nueva York y retirarse a los cuarenta y seis años. La pregunta recurrente era si había cambiado demasiado pronto su placa de detective de primera clase por las tareas de horticultura de un aspirante a hacendado.

Ciertos sucesos de mal agüero sugerían que sí. Desde su traslado al paraíso bucólico le había aparecido un tic esporádico en el párpado izquierdo. Para su desgracia y la angustia de Madeleine, había empezado a fumar de nuevo de manera ocasional después de quince años de abstinencia. Y, por supuesto, estaba el problema imposible de ocultar: haber tomado la decisión de zambullirse en el dantesco caso del asesinato de Mellery, que le había ocupado el otoño anterior, un año después de su jubilación.

14

Había sobrevivido por poco a aquello. Al implicarse, incluso había puesto en peligro a Madeleine. Gracias a ese momento de clarividencia que sigue a enfrentarse cara a cara con la muerte, durante un tiempo se había consagrado de lleno a los placeres sencillos de su nueva vida campestre. Pero hay algo curioso en la imagen cristalina que te dice cómo debes vivir. Si no te aferras a ella todos los días, la visión pronto se desvanece. Un momento de gracia es solo un momento de gracia. Si no se aprovecha, enseguida se convierte en una especie de fantasma, en una imagen pálida e inasible que retrocede como el recuerdo de un sueño hasta quedar reducido a una simple nota discordante en el trasfondo de tu vida.

Gurney había descubierto que comprender aquello no proporcionaba una clave mágica para revertirlo; así pues, su actitud hacia esa vida bucólica era una especie de tibieza. Y esa actitud le hacía perder el paso con su esposa. También le llevaba a preguntarse si alguien podía cambiar de verdad alguna vez o, más concretamente, si alguna vez podría cambiar él. En sus momentos más sombríos le desalentaba la rigidez artrítica de su propia manera de pensar; o en un sentido más profundo, de su manera de ser.

La cuestión de la excavadora era un buen ejemplo. Seis meses antes había comprado una pequeña y usada; se la había descrito a Madeleine como la máquina adecuada para unos propietarios de veinte hectáreas de bosques y prados, así como de un camino de tierra de cuatrocientos metros de largo. La veía como un medio para llevar a cabo las reparaciones de jardinería necesarias y hacer mejoras objetivas: algo bueno y útil. En cambio, al parecer Madeleine la vio desde el principio no como un vehículo que prometía una mayor participación de su marido en su nueva vida, sino como el símbolo ruidoso y con olor a gasóleo de su descontento, de su insatisfacción con el entorno, de su fastidio con el traslado de la ciudad a las montañas, de la enfermiza obsesión por el control que lo empujaba a demoler un mundo nuevo e inaceptable para adaptarlo a la forma de su propio cerebro. Solo se lo había dicho una vez, lacónica: «¿Por qué no puedes aceptar todo esto que nos rodea como un don, como un regalo fastuoso, en lugar de tratar de arreglarlo?».

Mientras permanecía de pie tras la puerta cristallera, recordando con incomodidad el comentario de su mujer, percibiendo el tono de suave exasperación en su mente, la voz real de Madeleine sonó a sus espaldas como una intrusión.

15

—¿Hay alguna posibilidad de que revise los frenos de mi bicicleta antes de mañana?

—Ya te dije que lo haría.

Dave tomó otro sorbo de café y esbozó una mueca. Estaba desagradablemente frío. Miró el viejo reloj de péndulo que colgaba sobre la encimera de pino. Disponía de casi una hora libre antes de salir a impartir una de sus ocasionales clases en la Academia de Policía estatal de Albany.

—Deberías venir conmigo un día de estos —comentó Madeleine, como si la idea se le acabara de ocurrir.

—Lo haré —dijo él.

Solía responder así cuando su mujer le pedía que la acompañara a pasear en bicicleta a través de las onduladas tierras de labranza y los bosques que ocupaban la mayor parte de los Catskills occidentales. Se volvió hacia Madeleine, que estaba de pie junto a la puerta del comedor con unas mallas gastadas, sudadera holgada y una gorra de béisbol manchada de pintura. De repente, Dave no pudo evitar sonreír.

—¿Qué? —dijo ella, ladeando la cabeza.

—Nada.

En ocasiones, la presencia de su mujer era tan encantadora que inmediatamente dejaba de lado cualquier pensamiento negativo. Madeleine era esa criatura excepcional: una mujer hermosa a la que parecía importarle muy poco su aspecto. Se le acercó y se puso a su lado, examinando el paisaje.

—El ciervo le ha estado dando al alpiste —dijo en tono más divertido que molesto.

Al otro lado del césped se veían los tres comederos para pinzones, que colgaban completamente torcidos. Al mirarlos, Gurney se dio cuenta de que compartía, al menos hasta cierto punto, los sentimientos bondadosos de Madeleine por el ciervo, pese a los daños, menores, que este había causado; y no dejaba de ser curioso, porque lo que sentían respecto a los estragos que causaban las ardillas, que en ese mismo momento consumían las semillas que el ciervo no había logrado extraer del fondo de los comederos, era muy distinto. Nerviosas, rápidas, agresivas en sus movimientos, parecían movidas por un hambre obsesiva propia de roedores, un deseo avaricioso por consumir hasta la última partícula de alimento disponible.

16

La sonrisa de Gurney se fue desvaneciendo mientras las observaba con una pizca de tensión nerviosa. Sospechaba que esa tensión se estaba convirtiendo en su reacción refleja a demasiadas cosas: un nerviosismo que surgía de las grietas de su matrimonio y que contribuía a ensancharlas. Madeleine describiría las ardillas como fascinantes, inteligentes, ingeniosas, imponentes en su energía y determinación. Parecía amarlas igual que amaba la mayoría de las cosas de la vida. Él, en cambio, deseaba pegarles un tiro.

Bueno, no exactamente pegarles un tiro. En realidad, no quería matarlas ni lisiarlas, pero tal vez sí dispararles con una pistola de aire comprimido para hacerlas caer de los comederos y que se fueran volando hacia el bosque al que pertenecían. Matar no era una solución que le hubiera atraído nunca. En todos sus años en la Policía de Nueva York, en todos sus años como detective de Homicidios, en veinticinco años de tratar con hombres violentos en una ciudad violenta, nunca había sacado su pistola; apenas la había tocado fuera de una galería de tiro y no sentía ningún deseo de empezar a hacerlo. Fuera lo que fuese lo que le había atraído a la labor policial, lo que lo

había casado con el trabajo durante tantos años, desde luego no era el atractivo de una pistola o la solución engañosamente simple que esta ofrecía.

Se dio cuenta de que Madeleine lo estaba mirando con esa expresión suya entre curiosa y evaluadora adivinando quizá, por la rigidez de su mandíbula, lo que estaba pensando de aquellas ardillas. Dave quería decir algo que pudiera justificar su hostilidad hacia las ratas de cola esponjosa. En ese momento sonó el teléfono; de hecho, sonaron simultáneamente dos teléfonos: el del estudio y su móvil, que estaba en la cocina. Madeleine se dirigió al estudio. Gurney cogió el móvil.

La novia decapitada

Jack Hardwick era un cínico desagradable, mordaz y de ojos llorosos que bebía demasiado y veía casi todo en la vida como una broma amarga. Tenía pocos admiradores entusiastas y no inspiraba confianza con facilidad. Gurney estaba convencido de que si se le arrebataran los motivos cuestionables, a Hardwick no le quedarían motivos.

No obstante, también lo consideraba uno de los detectives más inteligentes y perspicaces con los que había trabajado. Así que cuando se llevó el teléfono a la oreja, oír esa voz inconfundible de papel de lija le generó sentimientos encontrados.

18

—Davey, Davey.

Gurney hizo una mueca. Nunca le había gustado que le llamaran Davey, y suponía que por ese mismo motivo Hardwick había elegido llamarlo así.

—¿Qué puedo hacer por ti, Jack?

La risotada del hombre sonó tan molesta e irrelevante como siempre.

—Cuando estábamos trabajando en el caso Mellery, te jactabas de que te levantabas con las gallinas. Solo he pensado en llamar para ver si era verdad.

Siempre había que soportar unas cuantas bromitas antes de que se dignara a llegar al asunto en cuestión.

—¿Qué quieres, Jack?

—¿Tienes gallinas vivas, corriendo cacareando y cagando en esa granja tuya? ¿O era solo una forma de hablar campechana?

—¿Qué quieres, Jack?

—¿Por qué diablos iba a querer yo algo? ¿No puede un viejo amigo llamar a otro viejo amigo por los viejos tiempos?

—Déjate del rollo del «viejo amigo», Jack, y dime por qué me has llamado.

Otra risotada.

—Eso es muy frío, Gurney, muy frío.

—Mira. Todavía no me he tomado mi segunda taza de café. Si no vas al grano en los próximos cinco segundos, cuelgo. Cinco..., cuatro..., tres..., dos..., uno...

—Novia de clase alta liquidada en su propia boda. Pensaba que podrías estar interesado.

—¿Por qué iba yo a estar interesado en eso?

—Mierda, ¿cómo no iba a estar interesado un detective estrella de Homicidios? ¿He dicho que el arma del crimen era un machete?

—La estrella está retirada.

Hubo una ruidosa y prolongada carcajada.

—No es broma, Jack. Estoy retirado.

—¿Igual que lo estabas cuando apareciste para resolver el caso Mellery?

—Eso fue un paréntesis.

—¿Es un hecho?

—Mira, Jack... —Gurney estaba perdiendo la paciencia.

—Está bien. Estás retirado. Ya lo entiendo. Ahora dame dos minutos para explicarte esta oportunidad.

—Jack, por el amor de Dios...

—Dos minutos de nada. Dos. Joder, ¿estás tan ocupado masajeándote las bolas de golf que no puedes concederle dos minutos a tu antiguo compañero?

La imagen disparó el pequeño tic en el párpado de Gurney.

—Nunca fuimos compañeros.

—¿Cómo diablos puedes decir eso?

—Trabajamos juntos en un par de casos. No éramos compañeros.

Para ser sincero, Gurney debía admitir que él y Hardwick tenían, en cierto sentido, una relación única. Diez años antes, trabajando en diferentes aspectos del mismo caso de homicidio, desde jurisdicciones situadas a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia, habían encontrado cada uno una mitad del cuerpo mutilado de la misma víctima. Ese tipo de casualidad en una investigación podía forjar un vínculo tan fuerte como singular.

Hardwick bajó la voz hasta un tono de penosa sinceridad.

—¿Me das dos minutos o no?

Gurney se rindió.

—Adelante.

Hardwick volvió a su estilo característico de oratoria de charlatán de feria con cáncer de garganta.

—Está claro que eres un tipo muy ocupado, así que voy a ir al grano. Quiero hacerte un favor enorme. —Hizo una pausa—. ¿Sigues ahí?

—Habla más rápido.

—¡Menudo cabrón ingrato! Muy bien, esto es lo que tengo para ti. Sensacional asesinato cometido hace cuatro meses. Niña rica y mimada se casa con un famoso psiquiatra. Una hora más tarde, en la recepción de la boda en la lujosa finca del psiquiatra, el jardinero demente la decapita con un machete y se escapa.

Gurney tenía el vago recuerdo de haber leído un par de titulares de los periódicos sensacionalistas que posiblemente estaban relacionados con el caso: «Baño de sangre nupcial» y «Novia decapitada». Esperó a que Hardwick continuara, pero el hombre tosió de un modo tan desagradable que Gurney tuvo que apartarse el teléfono de la oreja.

Al final, Hardwick volvió a preguntar:

—¿Todavía estás ahí?

—Sí.

—Callado como un cadáver. Deberías hacer sonar un pitido cada diez segundos para que la gente sepa que aún estás vivo.

—Jack, ¿por qué diablos me estás llamando?

—Te estoy entregando el caso de tu vida.

—Yo ya no soy policía. No tiene ningún sentido.

—Puede que te falle el oído en tu vejez. ¿Qué edad tienes? ¿Cuarenta y ocho u ochenta y ocho? Escucha. Este es el meollo del asunto. La hija de uno de los neurocirujanos más ricos del mundo se casa con un famoso y polémico psiquiatra, un psiquiatra que apareció en el programa de Oprah Winfrey, por el amor de Dios. Una hora más tarde, entre doscientos invitados, la novia entra en la cabaña del jardinero. Había tomado varias copas y quería que el tipo se uniera al brindis nupcial. Cuando ella no sale, su nuevo esposo envía a alguien a buscarla, pero la puerta de la cabaña está cerrada y ella no contesta. Entonces el marido, el afamado doctor Scott Ashton, va, golpea la puerta y la llama. No hay respuesta. Consigue una llave, abre la puerta y la encuentra sentada con su vestido de novia y la cabeza cortada; ven-

tana trasera de la cabaña abierta y sin jardinero a la vista. Muy pronto todos los policías del condado están en la escena. Por si acaso no has captado el mensaje todavía: se trata de gente muy importante. El asunto termina en nuestro regazo en el DIC, en concreto en mi regazo. Comienzo simple: encontrar al jardinero loco. Luego se va complicando. No se trata de un jardinero normal y corriente. El famoso doctor Ashton más o menos lo ha apadrinado. Héctor Flores (ese es el jardinero) era un trabajador mexicano indocumentado. Ashton lo contrata, enseguida se da cuenta de que el hombre es inteligente, muy inteligente, así que comienza a ponerlo a prueba, a ayudarlo, a educarlo. En un periodo de dos o tres años, Héctor se convierte en el protegido del médico más que en la persona que barre las hojas. Casi un miembro de la familia. Parece que con este nuevo estatus incluso tuvo una aventura con la esposa de uno de los vecinos de Ashton. Un personaje interesante, el señor Flores. Tras el asesinato, desaparece de la faz de la Tierra, junto con la esposa del vecino. La última pista concreta de Héctor es el machete ensangrentado que dejó en el bosque a unos ciento cincuenta metros.

—¿Y cómo acabó el asunto?

—De ningún modo.

—¿Qué quieres decir?

—Mi brillante capitán tenía cierto punto de vista del caso. ¿Te acuerdas de Rod Rodriguez?

Gurney sintió cierto estremecimiento. Hacía un año, aproximadamente —seis meses antes del asesinato que Hardwick estaba describiendo—, había participado de manera semioficial en una investigación controlada por una unidad del Departamento de Investigación Criminal de la Policía del estado que dirigía el rígido y ambicioso Rodriguez.

—Su opinión era que deberíamos interrogar a todos los mexicanos en treinta kilómetros a la redonda del lugar del crimen y amenazarlos con toda clase de mentiras hasta que uno de ellos nos llevara a Héctor Flores; si eso no funcionaba, ampliar el radio a ochenta kilómetros. Ahí era donde quería todos los recursos: el cien por cien.

—¿No estuviste de acuerdo con eso?

—Había otras vías que merecía la pena explorar. Era posible que Héctor no fuera lo que aparentaba ser. Todo esto me daba mala espina.

—¿Y qué pasó?

—Le dije a Rodríguez que no tenía ni puñetera idea.

—¿En serio? —Gurney sonrió por primera vez.

—Sí, en serio. Así que me retiró del caso. Y se lo dio a Blatt.

—¿¡Blatt!?

Aquel nombre sabía a comida podrida. Gurney lo recordaba como el único detective del DIC más irritante que Rodríguez. Blatt encarnaba lo que el profesor preferido de Gurney en la universidad había descrito hacía mucho tiempo como «ignorancia armada y lista para la batalla».

Hardwick continuó.

—Así que Blatt hizo exactamente lo que Rodríguez le pidió que hiciera y no llegó a ninguna parte. Han pasado cuatro meses y hoy sabemos menos que el día que empezamos. Pero sé que te estás preguntando: ¿qué tiene que ver todo esto con el detective más condecorado en la historia de la Policía de Nueva York?

—Se me ha ocurrido esa pregunta sí, aunque no con esas palabras.

22 —La madre de la novia no está satisfecha. Sospecha que la investigación ha sido una chapuza. No tiene confianza en Rodríguez y opina que Blatt es idiota. En cambio, piensa que tú eres un genio.

—¿Que piensa qué?

—Vino a verme la semana pasada (justo cuatro meses después del día del asesinato) para preguntarme si podría volver al caso, o si podría trabajar en él sin que nadie se enterara. Le dije que eso no sería un enfoque práctico, porque tenía las manos atadas; tengo que ir con pies de plomo en el departamento. Sin embargo, resultaba que tenía acceso personal al detective más condecorado en la historia de la Policía de Nueva York, que hace poco que se ha retirado, todavía rebosante de fuerza y vigor, un hombre que estaría encantado de ofrecerle una alternativa a Rodríguez-Blatt. Para poner la guinda al pastel, casualmente tenía una copia de ese artículo del *New York Magazine* en el que te encumbran después de que resolvieras el caso de Satanic Santa. ¿Cómo te llamaban? ¿*Superpoli*? La señora estaba impresionada.

Gurney hizo una mueca. Varias respuestas posibles colisionaron en su cabeza y todas ellas se anularon entre sí.

Hardwick parecía animado por su silencio.

—A ella le encantaría conocerte. Ah, ¿lo he mencionado? Es una preciosidad. Tiene cuarenta y pocos, pero aparenta treinta y dos. Y dejó claro que el dinero no era problema. Tú mismo puedes poner el precio. En serio: doscientos dólares por hora no sería inconveniente. Aunque no es que a ti vaya a motivarte algo tan trivial como el dinero.

—Hablando de motivos, ¿cuál es el tuyo?

El esfuerzo de Hardwick por aparentar inocencia sonó cómico.

—¿Que se haga justicia? ¿Ayudar a una familia que ha pasado un infierno? Me refiero a que perder un hijo tiene que ser lo peor del mundo, ¿no?

Gurney se quedó petrificado. Que alguien hablara de perder un hijo aún le provocaba un temblor en el corazón. Habían pasado más de tres lustros desde que Danny, de apenas cuatro años en ese momento, salió a la calle cuando Gurney no estaba mirando; había descubierto que ese dolor no se «superaba» (como se decía habitualmente). La verdad era que te arrollaba en oleadas sucesivas: olas separadas por periodos de adormecimiento, periodos de olvido, periodos de vida cotidiana.

—¿Sigues ahí?

Gurney asintió.

—Quiero hacer lo que pueda por estas personas —continuó Hardwick—. Además...

—Además —intervino Gurney, hablando deprisa, imponiéndose a su emoción debilitante—, si participara, que no tengo intención de hacerlo, Rodríguez se subiría por las paredes, ¿no? Y si me las arreglara para descubrir algo nuevo, algo importante, él y Blatt quedarían fatal, ¿no es así? ¿Esa podría ser una de tus bondadosas razones?

Hardwick se aclaró la garganta.

—Esa es una manera jodida de mirarlo. La cuestión es que tenemos a una madre afligida por una tragedia y que no está satisfecha con los progresos de la investigación policial, lo cual puedo entender, ya que los incompetentes de Arlo Blatt y de su equipo han acosado a todos los mexicanos del condado y no les han sacado ni un pedo con olor a frijoles. Está desesperada por encontrar un detective de verdad. Así que te estoy entregando este huevo de oro.

—Eso está muy bien, Jack, pero yo no soy detective privado.

—Por el amor de Dios, Davey, solo habla con ella. Eso es todo lo que te estoy pidiendo que hagas. Solo has de hablar con ella. Está sola, es vulnerable, preciosa, con mucho dinero para quemar. Y en el fondo, Davey, en el fondo hay algo salvaje en esa mujer. Te lo garantizo. ¡Que me parta un rayo si no es verdad!

—Jack, lo último que necesito ahora...

—Sí, sí, sí, estás felizmente casado, enamorado de tu esposa, bla, bla, bla. Muy bien. Perfecto. Y tal vez no te preocupa la posibilidad de desenmascarar a Rod Rodriguez de una vez por todas como el capullo redomado que es en realidad. Muy bien. Pero este caso es complejo. —Dio a la palabra una profundidad de significado, haciendo que sonara como la más preciada de todas las características—. Tiene capas y capas, Davey. Es una puta cebolla.

—¿Y?

—Y tú eres un pelador de cebollas nato. El mejor que ha habido nunca.

Órbitas elípticas

Cuando finalmente reparó en Madeleine, Dave no estaba seguro de cuánto tiempo llevaba ella de pie junto a la puerta del estudio, ni siquiera de cuánto tiempo había estado él junto a la ventana, mirando al prado que ascendía hacia la cumbre boscosa por la parte posterior de la casa. No podría haber descrito el patrón de pastos de solidago brillante, hierba marrón y ásteres silvestres azules a los cuales parecía estar mirando ni aunque le hubiera ido la vida en ello. Sin embargo, podría haber repetido su conversación telefónica con Hardwick casi palabra por palabra.

—¿Y? —dijo Madeleine.

—¿Y? —repitió él, como si no hubiera entendido la pregunta.

Ella sonrió con impaciencia.

—Era Jack Hardwick.

Gurney estaba a punto de preguntarle a su mujer si recordaba a Jack Hardwick, investigador jefe en el caso Mellery, pero al ver la expresión de su mirada no necesitó preguntar. Era la expresión que adoptaba cada vez que surgía un nombre relacionado con esa terrible cadena de asesinatos.

Ella lo miró, esperando, sin pestañear.

—Quiere que le aconseje.

Madeleine siguió esperando.

—Quiere que hable con la madre de una chica a la que mataron. El día de su boda. —Estaba a punto de decir cómo la asesinaron, de describir los peculiares detalles, pero comprendió que sería un error.

Madeleine asintió de manera casi imperceptible.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Me estaba preguntando cuánto tardarías.

—¿Cuánto...?

—En encontrar otra... situación que requiriera tu atención.

—Lo único que voy a hacer es hablar con ella.

—Exacto. Y luego, después de una larga y agradable charla, concluirás que no hay nada especialmente interesante en que maten a una mujer en el día de su boda, bostezarás y te irás. ¿Es así cómo lo ves?

La voz de Gurney se tensó como en un acto reflejo:

—Todavía no sé lo suficiente para verlo de ninguna manera en particular.

Madeleine le ofreció su clásica sonrisa de escepticismo.

—He de irme —dijo. Luego, al parecer reparando en la pregunta que aparecía reflejada en la mirada de su marido, añadió—: A la clínica, ¿recuerdas? Te veré esta noche. —Y se marchó.

Al principio, Dave solo se quedó mirando el umbral vacío. Luego pensó que debería ir tras ella, empezó a hacerlo, llegó hasta la mitad de la cocina, se detuvo y se preguntó qué iba a decirle, no tenía ni idea; pensó que debería ir tras ella de todos modos y salió al jardín por la puerta lateral. Sin embargo, cuando llegó a la parte delantera de la casa, el coche de Madeleine ya estaba en la mitad del bacheado sendero que dividía el prado en dos. Se preguntó si su mujer lo había visto por el espejo retrovisor y si cambiaba algo el hecho de que hubiera ido tras ella.

En meses recientes había imaginado que las cosas estaban yendo muy bien. La emoción descarnada al final de la pesadilla del caso Mellery los había llevado a una paz imperfecta. Ambos se habían deslizado con suavidad, de una manera gradual y casi inconsciente, hacia patrones de conducta cariñosos, o al menos tolerantes, que semejabán órbitas elípticas separadas. Mientras él daba sus conferencias ocasionales en la Academia de Policía estatal, Madeleine había aceptado un puesto a tiempo parcial en la clínica de salud mental de la localidad, donde se ocupaba de realizar las evaluaciones de ingreso. Era una función para la cual estaba mucho más que cualificada, gracias a su título de trabajadora social clínica y su experiencia, pero parecía proporcionar un sentido de equilibrio a su matrimonio, un alivio de la presión de las expectativas poco realistas que tenían el uno del otro. ¿O eran meras ilusiones?

Ilusiones. El calmante universal.

Gurney se quedó de pie en la hierba mustia, observando el coche de su mujer, que desaparecía por detrás del granero hacia la carretera. Tenía los pies fríos. Bajó la mirada y descubrió que había salido en calcetines y que estos ya estaban absorbiendo el rocío de la mañana. Al volverse para entrar otra vez en la casa, un movimiento junto al granero captó su atención.

Un coyote solitario había salido de entre los árboles y estaba trotando por el calvero, entre el granero y el estanque. A mitad de camino, el animal se detuvo, volvió la cabeza hacia Gurney y lo estudió durante diez largos segundos. Era una mirada inteligente, pensó él. Una expresión de cálculo puro y objetivo.

5% de descuento en la compra de la novela
a partir de la fecha de su publicación